



El Motín de Esquilache, América y Europa

El 15 de noviembre de 1776 fallecía D. Fernando de Silva y Álvarez de Toledo, XII duque de Alba. Cuatro años después, Christoph Gottlieb von Murr daba noticia en el IX tomo de su *Journal zur Kunstgeschichte und zur Litteratur* de la confesión que el duque habría hecho, casi en su lecho de muerte de su responsabilidad en toda una serie de complots e intrigas desarrolladas a lo largo de los dos últimos reinados. Así, según dicha retractación, el duque habría sido uno de los coautores de la carta atribuida al presunto emperador de los guaraníes, Don Nicolás I, que habría hecho acuñar las monedas con la efigie de este supuesto monarca y habría provocado el motín de Esquilache. Todo con la intención de inculpar a los jesuitas y lograr el objetivo de su expulsión. Tan formidable confabulación haría del duque uno de los intrigantes con mayor historial del siglo XVIII después de su papel protagonista en la detención, exoneración y destierro del marqués de la Ensenada y de sus principales colaboradores, en 1754.

La obra de Andrés-Gállego recoge éste y otros testimonios sobre uno de los episodios más oscuros y, a la vez, más apasionantes de la historia política española durante el siglo XVIII: el motín de Esquilache. Leopoldo di Gregorio y Masnata, I marqués de Squillace había nacido en 1701 en Génova. Municionero del ejército español en Italia entre 1742 y 1748 pasó al servicio del rey de Nápoles como administrador general de aduanas. Ya en 1753 alcanzaría el cargo de secretario de Hacienda que mantendría en España, tras el traslado de Carlos III a su nuevo reino. La figura del estadista italiano, también secretario de Guerra desde 1763, sirve de hilo conductor al autor para enfrentarse al problema historiográfico y al contexto histórico que lo envuelve. En ese sentido, *El Motín de Esquilache* es un perfecto paradigma de lo que pretende ofrecernos en los últimos tiempos un método historiográfico en alza: la biografía histórica. Una metodología que ha empezado a dar frutos insignes en los casos de protagonistas indiscutibles del siglo como el marqués de la Ensenada (GÓMEZ URDÁNEZ), Campomanes (CASTRO, LLOMBART), Carvajal (DELGADO BARRADO, MOLINA CORTÓN) o Rávago (ALCARAZ GÓMEZ).

En el caso que nos ocupa, puede afirmarse que la premisa preconizada por la biografía histórica se cumple a rajatabla. El interés de estas páginas pasa por encima del sujeto individual en pos de la historia colectiva, en una simbiosis muy adecuada de ambos extremos. No estamos en absoluto ante una simple enumeración de hitos, ante una historia fáctica más o menos adornada, ante una hagiografía o ante un panegírico razonablemente elaborado. El objetivo final trasciende al propio marqués convirtiéndolo en la excusa para acercarse a una época. Por si fuera poco, se acerca a un periodo tradicionalmente calificado como de transición que ha pasado desapercibido en las grandes síntesis del XVIII y que poco a poco

comienza a ser rescatado del olvido por las monografías especializadas. Nos referimos al final del reinado de Fernando VI y al comienzo del de Carlos III.

La hipótesis de trabajo del autor es que las teorías que hasta la fecha se han utilizado para explicar el motín de Esquilache son en realidad causas coordinadas y complementarias que actuaron en común para producir la caída del ministro. Esta visión prima la multicausalidad como elemento vertebrador del evento, descartando que las distintas alternativas sean excluyentes.

En los subsiguientes capítulos se hace un exhaustivo repaso a dichas alternativas. Se detallan así los problemas de subsistencias por causa del incremento de los precios del pan, los descontentos surgidos en la capital por algunas de las medidas adoptadas por el secretario, las relaciones tensas entre éste y algunos sectores privilegiados de la sociedad española del momento (clero y aristocracia fundamentalmente), el malestar de la población por las medidas fiscales, la tensa situación internacional, la enemistad del ministro con Campomanes, con Francia y con los jesuitas.

De este modo y muy al estilo de la historia total, contemplamos por primera vez la incidencia real que cada uno de los factores enumerados tuvieron, desde las causas más generales, como el clima desfavorable que condicionó las malas cosechas que precedieron el motín, o el contexto prebélico que se vivía a nivel internacional en los meses anteriores, pasando por el análisis microhistórico dedicado a Madrid o por el análisis en clave socioeconómica de las tensas relaciones entre los estratos privilegiados y el ministro hasta el estudio de las relaciones personales del ministro con otros personajes. Un recorrido por cada una de las escalas posibles de la investigación histórica, una coordinación de enfoques micro y macro, un empleo de diversas metodologías que contribuye a arrojar nueva luz sobre la época.

Por si fuera poco, la ambición del proyecto da un paso más allá al otorgar a América un papel protagonista dentro del discurso narrativo. Esta perspectiva integradora, esta visión de conjunto que se ofrece del Imperio español en el XVIII supera los tradicionales reduccionismos geográficos que han limitado, en otros trabajos, el motín de Esquilache al marco de la Península Ibérica, en el mejor de los casos.

La obra contiene además una serie de anejos documentales sumamente interesantes. El primero describe los orígenes del marqués. A continuación se ofrecen dos documentos relacionados con la toma de Manila, lo pagado por su rescate y las razones británicas para ocuparla. Sigue un repertorio amplísimo de las sátiras vertidas en 1766 y finalmente fuentes sobre los planes bélicos de España y Francia contra Inglaterra en esas fechas, con detallados estados de la flota y el ejército de ambas coronas.

Todo ello es resultado de una sobrecogedora recolección de testimonios primarios. Una compilación que, por sí sola, justifica la validez de la obra y su interés para el gremio. La interminable lista incluye las clásicas instituciones españolas (AGS, AGP, AGI, AHN), un grueso grupo de archivos municipales españoles, la casi totalidad de los archivos nacionales hispanoamericanos (México, Buenos Aires, Santiago de Chile, Lima, Manila) y un listado considerable de instituciones europeas, sobre todo italianas, aunque también francesas y portuguesas.

La recopilación de referencias bibliográficas no se queda atrás. Cuarenta páginas de bibliografía forman un epílogo digno de las casi 800 del global. Lo cierto es que el tema tiene

una cierta tradición en nuestra historiografía y Andrés-Gallego pone un especial cuidado en todo lo concerniente a este aspecto. Su minuciosidad la agradece, sin duda, el especialista y demuestra que nos encontramos ante algo más que una monografía más o menos elaborada. Nos hallamos ante la plasmación de todo un proyecto vital y así puede deducirse del listado de artículos, capítulos de libros y otros trabajos que el autor adjunta al final de su bibliografía y que ha dedicado al personaje, al problema y al periodo.

En suma nos enfrentamos a una obra básica para el historiador dieciochista donde se descubren numerosas claves de una época a través de la mirada de un solo personaje. Un espaldarazo definitivo para un método historiográfico en boga, la biografía histórica, pero también un reto para otros historiadores que deben recoger el testigo y arrojar idéntica luz sobre otros personajes protagonistas del periodo. Son los Wall, Grimaldi, Huéscar, Gálvez, Arriaga, Roda... los grandes desconocidos del XVIII.